

EL MANTO DE PENELOPE: FRANCIA Y LA COMUNIDAD EUROPEA DE DEFENSA *

Por ANDRES ORTEGA KLEIN

«Y ella, ni rechaza las odiosas nupcias ni se decide a poner fin a tal situación.»

HOMERO: *La Odisea*, libro I.

La cuestión de la Comunidad Europea de Defensa (CED) es sumamente esclarecedora para comprender la política francesa y la política internacional de 1950 a 1954, pues conlleva tres de los elementos fundamentales de la postguerra: la rígida oposición entre comunismo y anticomunismo (guerra fría), el enfrentamiento de los viejos Estados imperialistas con las naciones jóvenes (descolonización) y la integración de algunos Estados europeos en un cuerpo en cierto modo superior (supranacionalismo). La IV República Francesa fue el único país que padeció en su interior estas tres tensiones de un modo simultáneo e intenso, y por estas razones, entre otras, el debate en torno a la CED se hizo sumamente apasionado.

I. LA PROPUESTA FRANCESA Y EL TRATADO DE LA CED

A) *Francia en un mundo agitado*

Los cimientos, que nunca llegaron a consolidarse, de la IV República Francesa, nacida en las postrimerías de la II Guerra Mundial tras la renuncia de De Gaulle, fueron echados en el comienzo de la

* En una primera versión, este trabajo fue presentado como parte de los requisitos para el *Master of Science* en Relaciones Internacionales en la London School of Economics and Political Science, que realizó el autor gracias a una beca de estudios en el extranjero de la Fundación «Juan March».

guerra fría, que llegó a cobrar dimensiones totales en 1947, cuando el «gran cisma» fue santificado en la Conferencia de Moscú de abril de ese año. El fracaso de dicha conferencia vino a significar que las fluctuaciones tentativas de la política exterior francesa entre los dos grandes colosos de la postguerra tocaron, por el momento, a su fin. Aunque algunos grupos e individuos intentaran aún jugar la carta neutralista, las necesidades de la economía y de la seguridad habían situado a Francia en el campo occidental. Y así, prácticamente al tiempo que los miembros comunistas del Gobierno Ramadier eran cesados y que De Gaulle creaba su *Rassemblement du Peuple Français* (RPF), una mayoría centrista, la «tercera fuerza», ocupaba el poder como única manera de gobernar, favoreciendo a su vez una posible política de integración europea. El 4 de abril de 1949 se firmaba el Tratado del Atlántico Norte, que en parte había sido una propuesta francesa.

Alemania, como centro de concentración de las crisis que definieron a la guerra fría, se hallaba en el medio de esta confrontación, y así la naturaleza del «problema alemán» cambió para Francia. Contradiciendo a Hubert Beuve-Mery, el cual había escrito en *Le Monde* que «el rearme alemán estaba contenido en el Pacto Atlántico como un pollo en un huevo»¹, Robert Schuman declaraba en la Asamblea Nacional que Alemania no podría ser nunca admitida en dicho pacto, porque «Alemania no tenía ejército y no podía tenerlo; no tenía armamento ni lo tendría»². El rearme alemán, problema al que los franceses estaban muy sensibilizados, estaba, pues, en el aire.

El 25 de junio de 1950, tropas de Corea del Norte cruzaron el paralelo 38, en lo que pareció un ataque patrocinado por la Unión Soviética. En septiembre, en una reunión del Consejo del Atlántico Norte, el Gobierno de los Estados Unidos reclamaba una decisión inmediata a favor del rearme alemán.

Cuando comenzó la guerra de Corea, el ejército francés ya estaba comprometido en operaciones militares en Indochina desde hacía tres años y medio. En el período de la postguerra, el despertar del nacionalismo en las colonias coincidió, al menos en Francia y como consecuencia directa de la política gaullista, con un nuevo brote de fervor colonial, bajo la forma de la Unión Francesa, una equívoca concepción. La independencia de Vietnam había sido unilateralmente declarada por el emperador Bao-Dai en marzo de 1945, y un año después, por el Gobierno de Ho Chi-minh. Se emprendieron negociaciones en

¹ *Le Monde*, 8 de abril de 1949.

² Citado en FAUVET, J.: *La IV République*, Paris, 1954, p. 183.

las que la postura francesa fue la de reconocer a Vietnam como Estado libre, con su propio Gobierno, Parlamento, finanzas y limitado ejército, integrado en la Federación Indochina y en la Unión Francesa. No obstante, los franceses siempre discutieron en términos de derecho interno, mientras la delegación vietnamita insistió en abordar la cuestión desde la perspectiva del derecho internacional.

Desgraciadamente, el liderazgo político en Francia estaba demasiado preocupado con problemas internos para prestar a esta cuestión compleja y remota la atención que merecía. Y así, en un intento local de recobrar influencia, la artillería naval francesa hizo fuego sobre Haipong. Las represalias contra Hanoi del ejército del general Giap no se hicieron esperar. Siete años después, el desastre francés en Bien Bien Phu marcó la culminación de una guerra «nacida en la ignorancia, en la ambigüedad y en la mentira, al menos por omisión»³.

Aunque el Gobierno francés había recibido ya cierta ayuda norteamericana para esta guerra, el conflicto indochino aún no había sido integrado en la estructura de la guerra fría. Y si René Pleven, ministro de la Defensa, se hallaba dispuesto en los primeros meses de 1950 a negociar con Ho Chi-minh, la guerra de Corea vino a cambiar todo. El 27 de junio, cuando Truman ordenó a MacArthur que interviniera en Corea, dio asimismo instrucciones para que se aumentara la ayuda militar a las fuerzas francesas y de los Estados asociados en Indochina. La guerra colonial de Vietnam se había convertido en una guerra anticomunista y, así, era internacionalizada. Pero, como sostiene A. Grosser, «la internacionalización es una noción ambigua; puede tratarse de la ampliación de la guerra; puede tratarse, sobre todo después del armisticio coreano, de encontrar un medio internacional de ponerle fin. Pero si el fin sólo puede ser considerado desde una situación militar favorable, la conquista de dicha situación puede de hecho llevar a una extensión de la guerra, cuando lo que se buscaba era la internacionalización de la paz»⁴. Y para la conquista de tal situación era necesaria, económica y técnicamente, la ayuda de los Estados Unidos.

El 4 de marzo de 1947, dos meses antes de la salida de los comunistas del Gobierno francés, Gran Bretaña y Francia habían firmado el Tratado de Dunkerque, dirigido contra una posible amenaza alemana. Al año siguiente, el Tratado de Bruselas alió a estos dos países con los del Benelux, estableciendo la Organización de la Defensa de Europa Occidental. Poco después, tras el Pacto Atlántico y los acuer-

³ *Ibid.*, p. 114.

⁴ GROSSER, A.: *Les Occidentaux*, París, 1978, p. 173.

dos de Washington, una Alta Comisión Tripartita, con sede en Bonn, reemplazó al Consejo de Control cuatripartito de Berlín.

Alemania era claramente la «preocupación central de las reflexiones americanas en torno a Europa»⁵. Por el «Programa de Londres», Acheson, Bevin y Schuman habían acordado en abril de 1949 la creación de una República Federal Alemana bajo el control de la Alta Comisión, debiendo conservar esta última sólo unos poderes limitados bajo un nuevo Estatuto de Ocupación.

Numerosos indicios muestran que ya a principios de 1950 los Estados Unidos —principalmente el Pentágono— y Gran Bretaña estaban contemplando la posibilidad de un rearme alemán. Se iba a adoptar la doctrina de la «estrategia hacia adelante» para la defensa de Europa occidental, lo que significaba una defensa tan adelantada geográficamente como fuera posible, a saber, en Alemania Occidental, la cual para ser viable necesitaba de una participación militar, y económica, alemana⁶. Francia, aún indecisa sobre la situación alemana, intentó retrasar este desarrollo, pero el establecimiento de un Gobierno en la Alemania Federal hizo cambiar los supuestos básicos de la política francesa, pues «la Alemania-objeto se había convertido en Alemania-sujeto»⁷.

Pronto se materializaría el plan de Jean Monnet, que, hecho público el 9 de mayo de 1950, proponía la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). El Plan Schuman, con cuyo nombre pasó a la historia, estaba situado bajo el signo de la reconciliación franco-germánica, con tres elementos principales subyacentes: el sector económico escogido para el inicio de la integración europea, la idea de la supranacionalidad y la sustitución de Gran Bretaña por la República Federal como interlocutor privilegiado de la política exterior francesa⁸.

Pese a estas muestras de buenas intenciones, el problema del rearme alemán seguía siendo objeto de una fuerte oposición por parte de un gran sector de la clase política francesa, comenzando por el presidente de la República, Vincent Auriol. Asimismo, el ministro francés de la Defensa declaraba que dimitiría de inmediato llegado el caso de tal rearme. Este ministro no era otro que René Pleven, que daría su nombre al plan de ejército europeo.

⁵ MORGAN, R.: *The United States and West Germany. 1945-1973*, Londres, 1974, p. 25.

⁶ Véase HUNTER, R.: *Security in Europe*, 2.^a ed., Londres, 1972.

⁷ GROSSER, A.: *La IV République et sa politique extérieure*, 3.^a ed., París, 1972, p. 232.

⁸ Para este y otros aspectos de la integración europea, véase ZURCHER, A. J.: *The struggle to unite Europe. 1940-1948*, Westport, 1975 (reimp. de la ed. de 1958).

Siguiendo la idea del socialista André Philip, Winston Churchill había obtenido en agosto una resolución de la Asamblea Consultativa del Consejo de Europa, que luego vetó el Comité de Ministros, a favor de la creación de un ejército europeo, con participación alemana, «bajo un mando unificado en el que [los británicos] deberíamos tener una participación sustanciosa y honorable»⁹. «Así nacen los malentendidos; éste tendrá graves consecuencias»¹⁰, escribirá el entonces embajador francés en Londres refiriéndose a estas palabras.

B) *El Plan Pleven y el Tratado de la CED*

En el Consejo de la OTAN de septiembre de 1950, Jules Moch, socialista y entonces ministro de la Defensa, en respuesta a fuertes presiones norteamericanas y británicas para el rearme alemán, propuso la idea de unidades alemanas a un nivel inferior al del regimiento, integradas en un ejército plurinacional. Y así, en octubre de 1950, mientras nacía la CECA y los ejércitos franceses sufrían serios reveses en Vietnam, Jean Monnet, el «gran inspirador», se reunía con Pleven, entonces presidente del Gobierno, para proponerle un plan de ejército europeo, al que el propio Moch pronto se opondría tenazmente. Se trataba de una organización similar a la CECA en el campo militar, si bien con un mayor control sobre Alemania, pues, como escribiría Schuman, «desde un principio, el esfuerzo para organizar Europa tenía un doble propósito: primero, reforzar a los países europeos, (...) y segundo, atraer a Alemania al esfuerzo común para que no volviera a repetir sus errores pasados»¹¹.

El Plan Pleven fue presentado al Gobierno el 23 de octubre de 1950 y, tras una tormentosa discusión, a la Asamblea Nacional. Su intención era crear un ejército europeo en el que unidades alemanas estarían integradas al nivel del regimiento para prevenir así la formación de divisiones de la República Federal. Dicho ejército estaría bajo la autoridad de un ministro de la Defensa Europea, que sería responsable ante autoridades supranacionales como las de la CECA. Este Ministerio coordinaría estrechamente sus funciones con los Ministerios de Defensa de los países participantes. Los diversos ejércitos de los países miembros se convertirían gradualmente en contingentes nacionales de un ejército europeo unificado, en el que participarían Gran Bretaña y los países escandinavos, si bien los países con colonias con-

⁹ Citado en EDEN, A.: *Memoirs. Full Circle*, Londres, 1960, p. 28.

¹⁰ MASSIGLI, R.: *Une Comédie des Erreurs, 1943-1956*, París, 1978, p. 145.

¹¹ SCHUMAN, R.: «France and Europe», *Foreign Affairs*, abril de 1953, p. 352.

servarían ciertas fuerzas no integradas. Alemania poseería únicamente «pequeñas unidades», no contingentes, y no tendría un Ministerio de Defensa.

El Plan Pleven, «apresurada e ingeniosamente confeccionado por M. Monnet y sus asociados»¹², fue aprobado en la Asamblea Nacional por una mayoría de 14 votos, junto con una resolución prohibiendo la reconstitución de un ejército o un estado mayor alemanes, que esta vez fue aprobada por una mayoría de 234 votos. Cuando Moch, el 28 de octubre, se reunió con sus colegas norteamericanos y británicos en Nueva York, en respuesta a las presiones para una inmediata conscripción en Alemania, se aferró al Plan Pleven. Cualquiera que fuese la razón de este comportamiento, a saber, que el Gobierno francés estuviese esperando que cediera el celo por la remilitarización o habituando a su público a la penosa idea de un rearme alemán, el caso es que «la imaginación y el legalismo francés pudieron con la prisa y el realismo americanos»¹³. Y así empezó el proceso de demora.

Las negociaciones formales para la CED comenzaron en febrero de 1951, desembocando el 27 de mayo de 1952 en la firma del Tratado de la CED por los «seis». Digamos, *en passant*, que dichas negociaciones no fueron seguidas ni por la opinión pública, ni por el Parlamento, ni siquiera por el Gobierno como tal.

El Tratado, con sus 132 artículos, estaba muy mal redactado y resultaba bastante complejo, lo que le valió el calificativo de «monstruo»¹⁴. Una de las principales características de la CED era una estrecha colaboración con la OTAN. La unidad básica nacional iba a ser el «grupo», de hecho una división, y la unidad integrada, el cuerpo de ejército. Reglas unificadas deberían aplicarse para el reclutamiento, organización y formación del personal. El ejército europeo debía comprender a todas las fuerzas de tierra y aire de los países miembros, a excepción de aquellas fuerzas adicionales reservadas para operaciones en las colonias. Desde un punto de vista militar, la CED era una organización tan compleja y pesada que numerosos mandos militares pronto expresaron sus dudas en cuanto a su funcionamiento. Las fuerzas armadas iban a hallarse bajo el mando del SACEUR (Comandante Supremo Aliado en Europa) de la OTAN, lo que significaba, como lo definió De Gaulle, un ejército europeo bajo control americano, pues incluso el ministro europeo de Defensa del Plan Pleven había sido eliminado.

¹² EDEN, A.: *Op. cit.*, p. 3.

¹³ FAUVET, J.: *Op. cit.*, p. 218.

¹⁴ Texto del Tratado en COLLIRAD, C. A., y MANIN, A. (eds.): *Droit International et Histoire Diplomatique*, tomo II, *Europe*, París, 1970, pp. 415-425.

El esquema aplicado era de hecho la fórmula de la CECA. La CED sería una organización supranacional, con una Comisión de nueve miembros que administraría el presupuesto común, prepararía y ejecutaría los programas de infraestructura militar, junto a otras funciones. La Comisión sería responsable no ante los Gobiernos de los países miembros, sino ante la Asamblea de la CECA, ampliada por tres alemanes, tres franceses y tres italianos. Asimismo, el Tribunal de Justicia de la CECA tendría competencia en los asuntos de la CED. El Tratado, del que sólo hemos recogido aquí algunos aspectos, venía completado por 18 largos protocolos e intercambios de cartas.

En febrero de 1952, en uno de los pocos debates parlamentarios sobre política exterior, la Asamblea Nacional francesa, si bien aceptando el principio de la CED, aprobó una larga lista de recomendaciones sobre el ejército europeo, que pronto se convertirían en los «preliminares» para la ratificación del Tratado de la CED. La Asamblea reclamaba principalmente un claro reconocimiento occidental de los sacrificios franceses en Indochina, un contingente francés en la CED al menos igual al de cualquiera de los otros miembros, la prohibición de la entrada de Alemania Occidental en la OTAN a causa de su posible revisionismo territorial y la exigencia de una participación británica¹⁵. La prensa alemana recogió muy bien las contradicciones de las demandas francesas, señalando que «los franceses querían un ejército alemán que fuese a la vez mayor que el ejército soviético y más pequeño que el francés»¹⁶.

En agosto de 1954, el Tratado había sido ratificado por cuatro países: Alemania, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, con Italia aguardando la decisión francesa. En Francia, los Gobiernos intentaron volver a negociar los términos del Tratado, y si algunos protocolos adicionales fueron aceptados por los Gobiernos de los «seis» en marzo de 1953, en agosto del año siguiente aún no habían sido ratificados¹⁷.

El Tratado de la CED y sus anexos no fueron remitidos a la Asamblea Nacional francesa hasta el 29 de enero de 1953. Sin embargo, hubo que esperar hasta la llegada al poder de Mendès-France en junio de 1954 para una decisión en firme de debatir el Tratado sin demora. A pesar de su esfuerzo, este político radical fracasó en su intento de modificar el Tratado en la Conferencia de Bruselas que terminó el 22 de agosto. ¿Pero podían los demás Gobiernos europeos

¹⁵ La lista completa puede hallarse en Moch, J.: *Alerte! Le problème crucial de la CED*, París, 1954, p. 143.

¹⁶ Citado en GROSSER, A.: *La IV République et...*, p. 242.

¹⁷ Texto de dichos protocolos en *Documents on International Affairs 1953*, Londres, 1956, páginas 213-218.

aceptar las modificaciones propuestas por Mendès-France? ¿Rechazando una futura Comunidad Política Europea, reclamando la disolución de la CED en caso de que el Tratado del Atlántico Norte tocara a su fin, pidiendo un mayor comprometimiento británico y estadounidense, y la posibilidad de salirse de la CED en caso de que no se cumpliera, proponiendo un período de adaptación de ocho años durante el cual todas las cláusulas supranacionales quedarían en suspenso, qué quedaba de la CED? ¿O era más bien un modo de señalar a su Parlamento que el presidente del Gobierno no era responsable de la actitud de sus colegas europeos, de manera que no pondría su cargo en juego sobre este asunto, como lo había prometido?

Cualquiera que sea la respuesta a esta difícil cuestión, el Tratado se empezó a debatir en la Asamblea sin modificaciones. Cuando los «europeístas» quisieron posponer la discusión, al ver que no lograrían sus propósitos, el general Aumeran planteó una cuestión preliminar, lo que significaba rechazar el Tratado en su totalidad y pasar a otro punto del orden del día, una cuestión de procedimiento que encubría un problema más profundo. Este tira y afloja entre cedistas y antice-distas terminó cuando la cuestión preliminar fue aceptada para su votación: 319 a favor, 264 en contra y 31 abstenciones¹⁸. El ejército europeo murió en Francia, donde había sido concebido cuatro años antes. Las causas de su fallecimiento, o mejor dicho de su no nacimiento, serán seguidamente analizadas.

II. LA DERROTA DE LA CED EN FRANCIA

A) *Percepciones francesas del entorno exterior*

En octubre de 1950, el Comité Militar de la OTAN decidió llevar a efecto el mando unificado en Europa. El general Eisenhower llegó a París en abril de 1951 como primer SACEUR, y Jean Monnet pronto le convenció de las ventajas de la CED¹⁹. En enero de 1953, el mismo Eisenhower se instalaba en la Casa Blanca, con John Foster Dulles, amigo de Monnet y partidario acérrimo de la CED, como secretario de Estado, siendo así la nueva administración republicana mucho más cedista que su predecesora. Un cambio en la situación estratégica general, al menos en su aspecto declaratorio, se estaba produciendo

¹⁸ Datos en FAUVET, J.: «Naissance et mort d'un traité», en ARON, R., y LERNER, D. (eds.): *La Querelle de la CED*, París, 1956, p. 58.

¹⁹ MONNET, J.: *Mémoires*, París, 1976, pp. 420-421.

por entonces. La doctrina de Dulles de las «represalias masivas» iba a ser hecha pública en enero de 1954, otorgando así una importancia aún mayor a las bases estadounidenses en el extranjero.

El 5 de marzo de 1953 moría Stalin, hecho que, junto a la subsiguiente caída de Beria y al armisticio coreano de julio, hizo posible que los franceses se hallaran de nuevo dispuestos a proseguir una distensión internacional, dejando a un lado la política europea y buscando un diálogo con el Este para poner fin a la sangrienta guerra de Indochina. Francia quería además una prueba concluyente de la intransigencia soviética antes de comprometerse con la CED. Este tipo de argumentos irritaron al secretario de Estado norteamericano, quien en diciembre de 1953 amenazó con un «reajuste doloroso» de la política exterior de los Estados Unidos si Alemania, Francia y Gran Bretaña proseguían por distintos caminos y no resolvían el problema de la CED. Estas declaraciones desencadenaron una tormenta de comentarios en la prensa francesa, exacerbando los crecientes sentimientos antiamericanos²⁰. Dulles no había comprendido, a pesar de los consejos de Monnet, que era imposible encontrar un Gobierno que pudiese a un tiempo gobernar en Francia y hacer ratificar el Tratado de la CED.

Se ha dicho a menudo que los Estados Unidos negociaron su ayuda en Vietnam a cambio del apoyo francés a la CED. La veracidad de esta afirmación es indudable, si bien es necesario señalar que fueron los franceses los que primero vincularon los dos problemas, informando llanamente a los norteamericanos que, sin su ayuda financiera, Francia reconsideraría su posición en Indochina y, a su vez, en Europa²¹. De hecho, esta política del Gobierno francés fue eficaz, pues hacia el final de la guerra los Estados Unidos estaban subvencionando el 80 por 100 de los gastos totales del ejército francés en Vietnam. Una vez que el Programa de Apoyo a la Defensa hubo reemplazado a la ayuda del Plan Marshall, el apoyo financiero estadounidense en Vietnam ayudó a equilibrar las finanzas francesas, y durante un tiempo ésta fue una buena razón, como sugiere A. Grosser²², para proseguir una guerra impopular. Indochina, como señaló entonces sir Oliver Harvey, «se había convertido en la clave de los problemas europeos»²³, y así los Estados Unidos se encontraron empujando a los franceses

²⁰ Por ejemplo, CLAUDE BOURDET, representante del *milieu* parisiense, escribió un artículo en *L'Observateur* con el título «C'est le mot de Cambronne qu'il nous faut». Ninguna frase podría haber reflejado mejor la actitud de la Francia del período Laniel. Citado en LÜTHY, H.: *The State of France*, trad. al inglés de E. MOSBACHER, Londres, 1955, pp. 449-450.

²¹ MOCH, J.: *Op. cit.*, p. 274.

²² GROSSER, A.: *Les Occidentaux*, p. 172.

²³ Citado en EBEN, A.: *Op. cit.*, p. 84.

por dos caminos que en un tiempo habían criticado: seguir luchando en Vietnam y sacar adelante el proyecto de ejército europeo.

En mayo de 1954 caía Dien Bien Phu y, con él, el Gobierno Laniel. Mendès-France, que siempre había mantenido una postura crítica ante la política francesa en Vietnam, era elegido presidente del Gobierno, prometiendo, bajo amenaza de dimisión, terminar esta guerra en un plazo fijo y resolver la cuestión de la CED, como ya se ha señalado. El 30 de julio de 1954 se firmaba un armisticio en Ginebra por el cual Vietnam quedaba dividido en dos. Con respecto a este acuerdo se ha sugerido que Mendès-France respondió a presiones soviéticas, aceptando la derrota de la CED a cambio de una paz en Indochina²⁴. Parece sin embargo que a lo que se oponían los soviéticos no era a la CED en sí, sino al rearme alemán, el cual el propio Mendès-France había considerado, públicamente, inevitable.

En septiembre de 1951 había preguntado De Gaulle que «¿cómo se podía pensar seriamente en un ejército europeo si esta Europa no existía?»²⁵. En parte como respuesta a esta interrogante, Jean Monnet trató de llevar sus proyectos adelante, y así, bajo el artículo 38 del Tratado de la CED, la Asamblea ampliada de la CECA se constituyó en Comisión *ad hoc* para elaborar un *Proyecto de Tratado incorporando el Estatuto de la Comunidad Europea*. Este proyecto constitucional para una Comunidad Política Europea debía englobar tanto a la CECA como a la CED. La cuestión de una autoridad política, en cualquier caso básica para una Comunidad de Defensa, fue sin embargo dejada a un lado por razones que rebasan el ámbito del presente estudio. Cuando dicho proyecto fue presentado a los «seis» ministros de Asuntos Exteriores en marzo de 1953, éstos, con gran cuidado, lo enterraron.

Fueron los gaullistas, junto con los comunistas, los que con mayor fervor atacaron a la CED, pues ésta tocaba, en palabras de De Gaulle, a «lo que es más sagrado, nuestra defensa»²⁶. Sin embargo, su oposición no fue dirigida contra el rearme alemán, como mostró la propuesta de Michel Debré, más gaullista que De Gaulle, cuando sugirió en el Senado en octubre de 1953 la idea de que Alemania debería ingresar en la Alianza Atlántica, una organización no supranacional.

Por otra parte, otros adversarios de la CED criticaron a la Comisión por la escasez de sus poderes para ser eficiente, poderes que no obstante bastarían para herir las susceptibilidades nacionales. El sen-

²⁴ Entre los que presentan este tipo de argumento, véase ARON, R.: «Esquisse historique d'une grande querelle idéologique», en ARON, R., y LERNER, D. (eds.): *Op. cit.*, p. 15.

²⁵ DE GAULLE, CH.: *Discours et messages. Dans l'attente, 1946-1958*, París, 1970, p. 485.

²⁶ *Ibidem*, p. 558.

timiento de De Gaulle de que, «por supuesto, entre las grandes naciones que hoy en día todavía tienen un ejército, Francia es la única que pierde el suyo»²⁷, era compartido por muchas otras gentes, no forzosamente partidarias del general. Y por «grandes naciones» se refería a Francia, claro está, los Estados Unidos, Rusia (como solía llamar a la Unión Soviética) y Gran Bretaña.

En la reunión del Consejo de la OTAN en diciembre de 1950, los británicos habían dejado claro que no participarían en un ejército europeo integrado, pues no aceptarían una autoridad europea soberana, debido principalmente a la existencia de la Commonwealth. Para clarificar sus relaciones con la CED, el Gobierno británico firmó en abril de 1953 tres textos complementarios, ratificando la postura de Churchill de «estamos con ellos, pero no somos uno de ellos»²⁸. Aunque esta política pudiera resultar parroquiana e irritante, era de hecho similar a la francesa, siendo la única gran diferencia el que los británicos adoptaron una actitud clara, mientras que los franceses muy a gusto mantuvieron el asunto en un estado de oscura confusión.

La participación británica había sido una de las condiciones necesarias que la Asamblea Nacional había puesto para aceptar la CED. Y como proféticamente señaló Paul Reynaud cuando se discutió el Plan Pleven, «todo el plan se derrumbará si la política del Gobierno no niega las tesis de los que rehúsan aceptar esta Europa si no incluye a Inglaterra»²⁹. Y ésta era justamente la actitud del Gobierno, aun sabiendo que tal participación era sumamente improbable. Demostrando de nuevo una decisión, Francia intentó conseguir un mayor comprometimiento del Reino Unido, expresando el temor de la inevitabilidad de una preponderancia alemana en Europa.

De hecho, este último problema se iba a revelar más importante en 1954 que la cuestión del rearme alemán, ya aceptada dentro de ciertos límites por un gran sector de la clase política francesa. El rearme alemán había estado a la base del Plan Pleven, pero, la posterior aprobación del Tratado de la Unión de Europa Occidental y de la admisión de la República Federal en la OTAN, tan sólo unos meses después de la muerte de la CED, muestra que en 1954 había dejado de ser un asunto crucial, excepto para ciertos europeístas, como prueban las declaraciones de algunos líderes cedistas franceses. La inquietud francesa se debía a que, en cierto sentido, para Alemania Occidental el proceso de integración europea estaba funcionalmente liga-

²⁷ *Ibidem*, p. 548.

²⁸ MASSIGLI, R.: *Op. cit.*, p. 375.

²⁹ *Ibidem*, p. 256.

do a la recuperación gradual de la soberanía y a un nuevo papel activo en los asuntos internacionales. Ciertos grupos franceses consideraban que ésta era una de las causas de la decadencia de su país, y por ello parece que los redactores del Tratado de la CED «esperaban estrangular a Alemania con agobiantes controles y garantías legales»³⁰.

A medida que se desarrollaba este proceso de la reintegración de Alemania Occidental a la vida europea, las perspectivas de una reunificación alemana se alejaban, a pesar de la confusión provocada por la campaña soviética en 1952, en la llamada «batalla de las notas». Pero en tanto se mantuviera la posibilidad, una Alemania reunificada podría haberse retirado de la CED, mientras que Francia no lo hubiera podido hacer. Ciertas garantías sobre este punto habían sido aceptadas por Gran Bretaña y los Estados Unidos, pero la cuestión fue utilizada de nuevo tanto en favor como en contra de la CED, pues mientras que el republicano popular Maurice Schumann mantenía en una reunión del Consejo de la OTAN que la CED era el único modo de impedir una reunificación alemana que nadie quería, excepto los alemanes, y no todos, Jules Moch se oponía a la CED por las razones inversas.

Si René Pleven había declarado en octubre de 1950 que los sucesos mundiales no permitían un solo momento de respiro, ¿quién hubiera podido afirmar autoritariamente la misma idea en agosto de 1954, a pesar de otros problemas que tenía Francia, como las cuestiones de Túnez y del Sarre? ¿Seguía siendo necesario un ejército europeo como solución a alguno de los múltiples problemas planteados en 1950? Indudablemente, la Asamblea Nacional francesa no lo pensó así. Sin embargo, el estado de confusión en que se mantuvo la cuestión de la CED fue en cierto modo útil, pues «pareció dar a todo el mundo una posibilidad de lograr sus objetivos»³¹.

B) *El contexto doméstico francés*

De las dos cámaras legislativas, sólo la Asamblea Nacional tuvo realmente un papel decisivo en la cuestión de la CED, aun cuando los debates sobre política exterior fueran muy escasos. Para el último debate sobre la CED, los Servicios de Información de la Asamblea habían preparado un informe sobre el ejército europeo del cual menos de la mitad de los diputados se tomaron la molestia de retirar una copia³². A pesar de este desinterés, la facilidad con que la Asam-

³⁰ HOFFMANN, J.: «France's new hope», *Foreign Affairs*, enero de 1953, p. 232.

³¹ ARON, R., y LERNER, D. (eds.): *Op. cit.*, p. xiii.

³² GROSSER, A.: *La IV République et...*, p. 80.

blea hacía caer los Gobiernos hizo que las relaciones entre ésta y el ejecutivo, y dentro de éste, se volviesen tensas, llevando a veces a situaciones absurdas, como cuando el 15 de abril de 1954 el Gobierno Laniel mantuvo una larga discusión en su seno no sobre la fecha en que tendría lugar el debate sobre la CED en el Parlamento, sino sobre la fecha en que se pediría a la Asamblea que fijase una fecha para dicho debate.

Ningún Gobierno, hasta el de Mendès-France, osó forzar una decisión sobre el tema de la CED³³. Pero cuando vino la hora de la decisión, el partido europeísta, el *Mouvement Républicain Populaire* (MRP), que en 1950 era el segundo partido después del comunista (PCF) y que estaba en el poder cuando se lanzó el Plan Pleven y se firmó el Tratado de la CED, había perdido fuerza y pasado a la oposición.

En efecto, las elecciones de junio de 1951, a pesar de la ley electoral que penalizó a comunistas y gaullistas, trajeron consigo cambios importantes³⁴. Los gaullistas, sin representación de hecho en la cámara anterior, eran ahora el mayor partido de la Asamblea. Los comunistas, el partido con más votos, habían perdido en número de escaños, mientras que los socialistas mantenían su representación, si bien perdiendo sufragios. El gran derrotado era el MRP, el partido de Schuman, que había visto sus escaños disminuir por mitad.

Este último partido, que en su programa de 1945 había abogado por una Alemania dependiente y dividida, pero que pronto se había convertido en el campeón de la integración europea, era uno de los pocos que se mantenía unido en favor de la CED. Los otros dos partidos que seguían con una postura unitaria frente a la cuestión cedita, con actitudes negativas, eran, por una parte, el PCF, un «partido nacionalista extranjero», si hemos de hacer caso a Léon Blum, y que se oponía a toda forma de integración europea, al rearme alemán y a la OTAN, y, por otra parte, el *Rassemblement du Peuple Français* (RPF), gaullista, que por sus sentimientos nacionalistas pronto se convirtió en un acérrimo oponente de la Europa de Monnet, proponiendo en diciembre de 1950 una Europa basada en el principio confederal, no en el federalismo. Como tal, la lucha gaullista contra la CED fue constante, incluso después de que, tras desastrosos resultados en las elecciones municipales y problemas internos, De Gaulle disolviera el partido en mayo de 1953. Dos meses después algunos gaullistas entra-

³³ Véase MENDÈS-FRANCE, P.: *Gouverner c'est choisir*, tomo I, París, 1953; tomo II, París, 1955.

³⁴ Fuente: CHAPSAL, J., y LANCELOT, A.: *La vie politique en France depuis 1940*, 4.^a ed., París, 1975, pp. 126-127, 192-193 y 658-659.

ban en el Gobierno, prosiguiendo desde dentro su campaña antice-
dista³⁵.

Los demás partidos estaban sufriendo una lenta evolución. Los dos extremos, gaullistas y comunistas, opuestos a la CED por diferentes razones y opuestos entre ellos en términos de política interior, estaban atrayendo como dos imanes a elementos de los otros partidos, salvo del MRP. Los sucesivos Gobiernos se estaban desplazando hacia la derecha, forzando así a los socialistas a pasar a la oposición en marzo de 1952. En este sentido, la derecha había contaminado a los gaullistas, pero estos últimos habían contaminado a la derecha en su política exterior. Un fenómeno paralelo estaba desarrollándose en las filas de la izquierda. El antieuropeísmo de los comunistas estaba afectando a socialistas e incluso radicales, deseosos de llegar a algún tipo de acuerdo en política interior. Los socialistas, *Section Française de l'Internationale Ouvrière* (SFIO), tuvieron en mayo de 1954 un congreso extraordinario sobre la CED en el cual se había aceptado la ratificación del Tratado por mayoría, votando abrumadoramente a favor de la disciplina de voto en la cámara. Sin embargo, el congreso no era el grupo parlamentario. Anticipando el voto del 30 de agosto, 59 diputados socialistas, es decir, más de la mitad, habían firmado en marzo un manifiesto en contra de la CED, aunque quizá la postura más representativa de los ánimos socialistas había sido hecha explícita por Guy Mollet en el citado congreso: «Ni aprobación ni rechazo.»

Un proceso similar había tenido lugar en el resto de los partidos, y así, el voto final del 30 de agosto de 1954 fue el resultado de esta evolución, con la mayoría de los grupos más centristas radicalmente divididos en dos³⁶.

Los grupos de presión merecen una mención aquí, aunque su impacto sea siempre difícil de calibrar. Por ejemplo, aunque la CED fue duramente criticada por un coro de oficiales encabezado por el mariscal Juin y el general Weygand, la opinión y actitudes de los militares son difíciles de precisar, debido a la propia esencia de la profesión. El intento de medir la influencia de la prensa conlleva problemas analíticos similares, pues un análisis de su contenido no nos dice gran cosa sobre su impacto.

En cuanto a la opinión pública, se podría afirmar que no cristalizó nunca en ninguna corriente mayoritaria, a favor o en contra de la

³⁵ La mayoría de los diputados gaullistas formaron entonces un grupo llamado la *Union des Républicains d'Action Sociale*, que se convertiría en *Républicains Sociaux*.

³⁶ Véase nota 18.

CED. En julio de 1954, una encuesta mostró que un 31 por 100 estaba en contra, frente a un 36 por 100 a favor, con un tercio de la muestra sin opinión. Parece, sin embargo, que el hombre-de-la-calle no estaba tan bien informado como se podía haber esperado: una encuesta de mayo de 1953 sobre la CED había señalado que el 21 por 100 no había oído hablar de ello, el 52 por 100 no sabía si la Asamblea Nacional había votado el Tratado o no, mientras que un 8 por 100 creía que sí; el 6 por 100 creía que Alemania no participaba en la CED, y si el 13 por 100 de los encuestados daba por supuesta la participación británica, el 38 por 100 no sabía cuál era la situación en torno a este punto³⁷. Aparentemente, el papel de la opinión pública no fue muy importante, y sin duda Michel Debré exageró al comparar el problema de la CED con un nuevo *affaire Dreyfus*. La CED fue más bien un problema de la clase dirigente.

Aunque la CED fue principalmente un asunto político, presentó algunos aspectos económicos que con el tiempo no hicieron sino agravarse. Entre 1950 y 1954 la industria alemana se desarrolló a un ritmo constante, mientras que la francesa se estancó. Las razones económicas para la CED, que podían haber sido válidas en 1950, ya no lo eran cuatro años después: la competencia con Alemania era demasiado severa.

Resumiéndolas, las disposiciones económicas del Tratado y de sus protocolos significaban que la Comisión de la CED hubiese tenido la capacidad de negociar directamente con las industrias de los Estados miembros, dentro de un sistema competitivo, con la única limitación práctica de que los encargos a los diversos Estados no podrían rebasar o caer por debajo del 15 por 100 de la contribución del Estado en cuestión al presupuesto de la Comunidad, sin control alguno por parte del Parlamento francés sobre la administración de dicho presupuesto, después de haber sido aprobado. Las restricciones en la producción de ciertos armamentos impuestas a la República Federal hubieran favorecido a algunos sectores industriales franceses, como el aeronáutico o el electrónico, pero podrían haber resultado desastrosas para otros.

Otros factores iban en detrimento de la capacidad competitiva de la industria francesa: los costes de las materias primas y de la energía eran más altos en Francia que en los otros cinco países de la CECA, y asimismo los impuestos sobre el patrimonio, beneficios y gastos generales hacían que el coste neto de los productos fuera mayor en Francia. «El resultado era que las cargas fiscales indirectas medias

³⁷ STORTZEL, J.: «L'opinion publique devant la CED», en ARON, R., y LERNER, D. (eds.): *Op. cit.*, pp. 127-142.

en los productos de la industria mecánica ... eran en Francia más del doble que en Alemania y Bélgica, y el triple que en Italia»³⁸. Además, Francia se veía desfavorecida en la competencia internacional debido a su legislación social más avanzada.

Aunque estos argumentos, a los que se vino a sumar el problema colonial, fueron presentados por el senador André Armengaud, portavoz de la gran industria, no han sido rebatidos por análisis posteriores, en lo que a la industria armamentista se refiere. Esta fue una de las razones avanzadas por Mendès-France, en agosto de 1954, en Bruselas para definir el precio más ventajoso de las ofertas sobre la base de precios libres de impuestos, solicitud que de nuevo fue rechazada por los otros gobiernos.

Estas preocupaciones de índole económica ya habían salido a la luz durante los debates sobre la ratificación del Tratado de la CECA. A pesar de cierta controversia entre los círculos financieros, en 1950 las industrias metalúrgicas habían intentado hacer abortar el proyecto, fracasando en su empeño. Aunque algún autor ha afirmado que los círculos económicos no volvieron a oponerse a la política de integración europea³⁹, la Confederación General de la Pequeña y Mediana Empresa defendió públicamente posturas opuestas a la CED, y en junio de 1954 el presidente del Consejo Nacional del Patronato Francés escribió una carta confidencial, fuertemente anticedista, a Mendès-France, apremiándole a tomar «medidas que permitan a nuestras empresas ofrecer precios competitivos»⁴⁰, que de hecho el recién nombrado presidente del Gobierno presentó en Bruselas.

Es una idea común el que la inestabilidad gubernamental de la IV República Francesa fuera una causa de impotencia política. De hecho no se puede afirmar tal cosa categóricamente en lo que a política exterior se refiere. Dejando a un lado la cuestión del presidente de la República, que en las personas de Vincent Auriol, anticedista, y de René Coti, más neutral, tuvieron un papel más importante de lo que a primera vista pueda parecer, se puede afirmar como regla general que las crisis ministeriales eran provocadas por la conjunción de dos oposiciones capaces de hacer caer un gobierno, pero incapaces de llegar a un acuerdo para formar otro. Pese a todo, esta constante rotación de ministros no significaba una interrupción de la continuidad. Siempre volvían los mismos nombres, y en el período que aquí

³⁸ ARMENGAUD, A.: «L'Europe, problème économique et social». *Politique Etrangère*, noviembre-diciembre de 1954, p. 523.

³⁹ Por ejemplo, DE CARMOY, GUY: *The Foreign Policies of France, 1944-1968*, trad. al inglés de E. R. HALPERIN, Chicago, 1970, p. 358.

⁴⁰ Texto de dicha carta en ELGEY, G.: *Histoire de la IV République*, tomo II, *La République des Contradictions. 1951-1954*, París, 1968, p. 312.

nos interesa, de julio de 1950 a agosto de 1954, hubo ocho gobiernos distintos, con siete diferentes primeros ministros y, sin embargo, sólo tres ministros de Asuntos Exteriores (uno de los cuales, Mendès-France, fue a la vez presidente del Gobierno). Esto hizo que los ministros fueran, en palabras de Edgar Faure, «más leales a sus respectivos departamentos que al Gobierno como entidad colectiva»⁴¹.

Dos personas habían ocupado el *Quai d'Orsay* desde la partida de De Gaulle: Robert Schuman y Georges Bidault. Schuman había tomado el lugar de Bidault en el *Quai* en octubre de 1949, cuando este último fue nombrado presidente del Gobierno, recuperando su puesto a la cabeza de los Asuntos Exteriores en enero de 1953, cuando Schuman cayó, debido a presiones gaullistas, hecho que fue considerado en la época como un gran triunfo de los anticedistas. La inestabilidad del *Quai d'Orsay* es, pues, un mito que no se puede tomar como razón para la derrota de la CED, si tenemos en cuenta además que Maurice Schuman, MRP, secretario de Estado muy influyente en asuntos europeos, permaneció en su cargo hasta junio de 1954. El gobierno Mendès-France intentó entonces establecer un equilibrio en su seno entre cedistas y anticedistas, fracasando en su propósito de lograr un compromiso.

Como se ha señalado repetidas veces, si se hubiera debatido antes el Tratado de la CED en la Asamblea Nacional, las posibilidades de haber sido ratificado hubiesen sido mayores. En mayo de 1952 el Gobierno Pinay había autorizado la firma del Tratado, pero no su envío al Parlamento, y así Schuman se lo guardó en sus cajones, donde seguía cuando dejó el *Quai*. Además de esta razón y de la hipótesis ya señalada de la guerra de Indochina, una primera demora pudo deberse a las elecciones presidenciales estadounidenses de noviembre de 1952, aguardando Schuman su resultado, aunque las razones aducidas fueran de orden técnico. Asimismo se suele pensar que Schuman quiso unir la propuesta de una Comunidad Política Europea a la CED. En cualquier caso, el ministro de Asuntos Exteriores se estaba quedando aislado dentro de su propio partido y del Gobierno, debido a la cuestión tunecina, y no contaba ya siquiera con el apoyo de su colega Pleven, quien, cuando Schuman sugirió enviar el Tratado a la Asamblea Nacional, insistió en el inoportunismo parlamentario del debate de ratificación⁴².

⁴¹ *Le Monde*, 27 de marzo de 1953, citado en WILLIAMS, P.: *Crisis and Compromise*, Londres, 1964, p. 45.

⁴² ELGEY, G.: *Op. cit.*, p. 287. Señalemos además que, aunque Schuman aceptaba la CED, nunca simpatizó completamente con este proyecto, resultado de un plan establecido por Monnet y Pleven, a su espalda.

El MRP, al no conseguir del Gobierno que enviara el Tratado al Parlamento, provocó su caída. Su sucesor, el gobierno Mayer, se comprometió a dar ese paso y así lo hizo formalmente el 29 de enero de 1953, ahora con Bidault en el *Quai d'Orsay*. Y a partir de entonces, mientras los gobiernos intentaban volver a negociar los términos del Tratado, los anticedistas en el Parlamento ponían un nuevo freno al proceso de ratificación por medio de las comisiones.

Las comisiones relevantes tardaron más de un año en designar a sus ponentes, los cuales a su vez emprendieron un largo y detallado estudio del proyecto. En febrero de 1954 fueron al fin designados los ponentes de las comisiones de Asuntos Exteriores y de Defensa Nacional, Jules Moch y el general Koenig, respectivamente, ambos anticedistas declarados. En junio, una vez listos los informes, tuvieron lugar las votaciones. De las seis comisiones que habían informado sobre la CECA, únicamente se había opuesto la de Defensa. Las comisiones que informaron sobre la CED (Asuntos Exteriores, Defensa Nacional, Justicia y Legislación, Territorios de Ultramar, Finanzas y Producción Industrial) fueron todas hostiles al proyecto, y no habiendo sido elegidas proporcionalmente los comunistas no estaban representados. El voto del 30 de agosto de 1954 era entonces predecible.

III. CONCLUSIONES

De hecho, la CED cojeó desde un principio, y si este proyecto fue abortado, la Comunidad Política Europea, esencial para el buen funcionamiento del ejército europeo, nació muerta. Sin embargo, la CED no era el ejército plurinacional en el que estaba pensando Plevén (es decir, Monnet) en octubre de 1950, ni cumplía tampoco las condiciones puestas por la Asamblea Nacional Francesa en febrero de 1950. Por último, el esquema que pudo funcionar para el carbón y el acero se reveló mucho más dificultoso cuando se aplicó a cuestiones militares.

Cuando finalmente se tomó una decisión en el verano de 1954, las condiciones que habían hecho parecer el rearme alemán vitalmente urgente para el Occidente, tras el pánico provocado por la guerra de Corea, se habían disipado, y los franceses vieron entonces una nueva posibilidad de representar su viejo e histórico papel capeciano. Por otra parte, el rearme alemán, que había sido la causa de la insistencia americana y la razón por la que Plevén había optado por la solución supranacional para la defensa europea, temiendo que cualquier otra

alternativa le sería inaceptable al público francés, demostró no ser la cuestión central de la CED. No obstante, la CED intentó ser a la vez una solución para el rearme de la República Federal y una manera de demorarlo. En esto último, la política francesa tuvo éxito, pues en 1956 no había ningún soldado alemán en un sentido formal.

En 1954 los temores a una reunificación alemana se habían alejado, pues aunque aún posible, parecía mucho menos realista. Y así, tras el fracaso de la CED, Anthony Eden tomó la iniciativa y lanzó su plan para una Unión de Europa Occidental, como medio para admitir a Alemania en la OTAN, cuya estrategia requería este paso. Las negociaciones para este resultado fueron sumamente rápidas, y el 30 de diciembre de 1954 la Asamblea Nacional Francesa lo aprobaba por un margen de 31 votos. «Así la Asamblea Nacional aceptaba la entrada de la República Federal en el Pacto Atlántico como solución de recambio a la CED. Cuatro años antes, el Gobierno francés había lanzado la idea de un ejército europeo como solución de recambio a la entrada de la República Federal en el Pacto Atlántico»⁴³.

Pero si el rearme alemán había perdido cierta importancia a los ojos de Francia, el temor a una preponderancia alemana en Europa estaba aún bien asentado. En 1954 la industria francesa estaba en una situación de desventaja, y con una gran parte de su ejército comprometida en Indochina, Francia temía también una probable potencia militar alemana. Por ello insistió en una participación británica, que los Estados Unidos no favorecieron, pues «el Reino Unido podía prestar un mejor servicio al Pacto [Atlántico] permaneciendo fuera del ejército europeo»⁴⁴.

Desde una amplia perspectiva, se podría ver la cuestión de la CED como un modo para Francia de asegurarse una sustancial ayuda norteamericana para la guerra de Indochina. Los gobiernos franceses aseguraron constantemente a los Estados Unidos, a través de su embajador en Washington, H. Monnet, que el Tratado sería finalmente ratificado, temiendo que una vez dado ese paso cesara dicha ayuda. Y este temor estaba fundamentado, si hemos de creer lo que ciertos funcionarios estadounidenses en París habían informalmente declarado⁴⁵. No parece una coincidencia que justo después del armisticio de Ginebra el Gobierno francés se deshiciera de la CED.

Es, pues, una sola palabra la que aparece constantemente cuando hablamos de la actitud francesa ante la CED: *demora*. Demora por

⁴³ GROSSER, A.: *La IV République et...*, p. 162.

⁴⁴ EDEN, A.: *Op. cit.*, p. 32.

⁴⁵ MASSIGLI, R.: *Op. cit.*, p. 340.

ANDRÉS ORTEGA KLEIN

parte de los cedistas, que pensaban que aumentarían sus posibilidades con el tiempo y usando mientras tanto la CED como pieza de negociación, y demora por parte de los anticedistas, que esperaban reforzar la oposición a la CED. Cuando estos últimos tuvieron el apoyo suficiente, por muy diversas razones, el principal partido pro CED, el MRP, estaba debilitado y fuera del Gobierno. Las acciones demoradoras habían tomado el lugar de un verdadero debate.

Las causas del fracaso de la CED en Francia fueron, pues, variadas, y es difícil establecer cuál fue la decisiva, pues sin duda los efectos del entorno exterior y del contexto doméstico se sumaron a los errores congénitos del plan de Jean Monnet.

CUADRO A

PRESIDENTES DE LA IV REPUBLICA FRANCESA, PRESIDENTES DEL CONSEJO, MINISTROS DE ASUNTOS EXTERIORES Y DE DEFENSA NACIONAL

(Octubre de 1949 a junio de 1954)

Presidente de la República	Fecha	Presidente del Consejo	Ministro de Asuntos Exteriores	Ministro de Defensa Nacional
V. Auriol	Oct. 1949	G. Bidault (MRP)	R. Schuman (MRP)	R. Pleven (UDSR)
	Junio 1950	H. Queille (Rad.)	R. Schuman (MRP)	R. Pleven (UDSR)
	Julio 1950	R. Pleven (UDSR)	R. Schuman (MRP)	J. Moch (SFIO)
	Marzo 1951	H. Queille (Rad.)	R. Schuman (MRP)	J. Moch (SFIO)
	Agost. 1951	R. Pleven (UDSR)	R. Schuman (MRP)	G. Bidault (MRP)
R. Coty	Enero 1952	E. Faure (Rad.)	R. Schuman (MRP)	G. Bidault (MRP)
	Marzo 1952	A. Pinay (Ind.)	R. Schuman (MRP)	R. Pleven (UDSR)
	Enero 1953	R. Mayer (Rad.)	G. Bidault (MRP)	R. Pleven (UDSR)
	Junio 1953	J. Laniel (Ind.)	G. Bidault (MRP)	R. Pleven (UDSR)
	Junio 1954	P. Mendès - France (Rad.)	P. Mendès - France (Rad.)	Gral. Koenig (RS, gaullista)

BREVE CRONOLOGIA

1946	Noviembre.	Elecciones legislativas en Francia. Comienza la guerra francesa de Vietnam.
1947	Marzo.	Tratado de Dunkerque entre Francia y Gran Bretaña. La Doctrina Truman.
	Abril.	Conferencia de Moscú sobre Alemania.
	Mayo.	Expulsión del gobierno francés de los ministros comunistas.
1949	Abril.	Firma del Tratado del Atlántico Norte.
1950	Mayo.	«Plan Schuman» para la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA).
	Junio.	Comienza la guerra de Corea.
	Septiembre.	Conferencias de Nueva York y Washington: militarización de la OTAN y presiones estadounidenses para un rearme alemán.
	Octubre.	R. Pleven propone la creación de una Comunidad Europea de Defensa (CED). La Asamblea Nacional francesa acepta el principio de un ejército europeo, si bien rechazando toda idea de un ejército alemán autónomo.
1951	Febrero.	Comienzan las negociaciones formales para la CED.
	Abril.	Llega el general Eisenhower a París como primer SACEUR de la OTAN.
	Junio.	Elecciones legislativas en Francia.
	Diciembre.	La CECA es aprobada.
1952	Febrero.	La Asamblea Nacional francesa aprueba el principio de la CED con numerosas reservas. Conferencia de Lisboa.
	Mayo.	Firma del Tratado de la CED.
	Septiembre.	Creación de una Asamblea <i>ad hoc</i> para la redacción de un proyecto de Constitución Europea.

ANDRÉS ORTEGA KLEIN

1953	Enero.	Eisenhower, presidente de los Estados Unidos. Tratado de la CED remitido a la Asamblea Nacional francesa para su ratificación.
	Marzo.	Muerte de Stalin.
	Diciembre.	Amenaza del secretario de Estado, John Fuster Dulles, de un «reajuste doloroso» de la política exterior estadounidense caso de que los europeos no cambien de rumbo.
1954	Abril.	Conferencia de Ginebra sobre el problema de Indochina.
	Mayo.	Caída de Dien Bien Phu.
	Junio.	P. Mendès-France, jefe del gobierno francés.
	Julio.	Armisticio indochino firmado en Ginebra.
	Agosto.	Mendès-France propone un compromiso sobre la CED que finalmente fracasa. La CED es derrotada en la Asamblea Nacional francesa.
	Diciembre.	Firma de los Acuerdos de París.